

PERSONAGES.

DOÑA BLANCA.  
DOÑA LEONOR.  
DOÑA BEATRIZ.  
D. LUIS FAJARDO.  
D. JUAN.  
D. PEDRO PEREZ SARMIENTO, conde  
de Santa Marta  
BALLESTA.  
DAMAS Y CABALLEROS.

La escena en Madrid; año 1614.



ACTO PRIMERO.



*Salon en la casa de Don Pedro Perez Sarmiento, conde de Santa Marta.—Galería en el fondo, y en uno de sus ángulos la puerta de un oratorio.—En el salon, puerta á la izquierda del actor: sillón y mesa con blasones cerca del proscenio.—En la galería arde una lámpara: luces en la escena.*

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BEATRIZ—BALLESTA.

BEAT. Dígame si está contento  
en casa, el señor Ballesta.  
BALL. El trabajo no fatiga  
y la pitanza es muy buena;  
pero á deciros verdad,



honrada y piadosa dueña,  
aunque hay regalo y va todo  
por buen camino y en regla,  
de servir en esta casa  
á fe de quien soy me pesa.

**BEAT.** Sepamos si puedo yo  
hacerie cambiar de idea. . . .

**BALL.** Oh! no señora, imposible:  
es una cosa resuelta,  
y que al alcance no está  
de vuestro poder la enmienda.

**BEAT.** Seguro?

**BALL.** Juzgado vos.  
Yo que he servido en la guerra  
al señor Don Luis Fajardo,  
de la primera nobleza,  
héroe, galan y festivo  
como unas carnestolendas;  
terror de los alemanes,  
pensamiento de las bellas:  
yo que estoy acostumbrado  
á la estrepitosa gresca  
del militar campamento,  
ora en la ardiente pelea,  
ora en la paz caminando  
en pos de las hijas de Eva;  
y que me gusta cantar  
y puntear la vihuela. . . .  
¿cómo es posible que yo  
me trueque en anacoreta!  
En esta casa la calma  
de los cementerios reina:  
aquí nos hacen pasar  
rezando, noches enteras;

no he visto reir á nadie  
ni en la sala ni en la mesa:  
en la faz del señor conde  
marcada está la tristeza. . . .  
y en esto no le va en zaga  
mi señora la condesa. . . .  
en fin, quien sirve á los condes  
de Santa Marta, haga cuenta  
que al encerrarse en su casa  
en un convento se encierra.  
¿Siempre fueron de esta guisa  
los señores?

**BEAT.** No, Ballesta:  
un año á lo mas hará  
que esta mudanza se observa:  
ántes hubo aquí saraos,  
y lujo y magnificencia;  
pero de pronto cayó  
de grave peligro enferma  
la señora, y segun dijo  
Diana su camarera,  
hizo un voto, y renunció  
á la pompa y la soberbia  
del mundo, para entregarse  
á la vida mas austera.  
De entónces, Ballesta amigo,  
el silencio se aposenta  
en esta casa, y no hay nadio  
que á interrumpirlo se atreva.  
Pero ese voto es eterno!

**BALL.**

**BEAT.**

**BALL.**

Siendo tan bella  
y tan jóven, Doña Blanca,  
digoos, por Dios, que me llena



de admiracion su conducta  
tan en extremo severa.

BEAT. No la usará mucho tiempo. . . .  
por cuidar el alma deja  
el cuerpo en olvido, y pronto  
vendrá á dar con él en tierra.

BALL. Tengo yo aquí para mí,  
aunque acertar no quisiera,  
que Doña Blanca padece  
la enfermedad mas tremenda  
que puede sufrirse. . . .

BEAT. Cuál?

BALL. Escrúpulos de conciencia.

BEAT. Quién sabe. . . .

BALL. Pues será lástima  
que estando en la primavera  
de la vida, no la ahuyenten  
esas vulgares quimeras. . . .  
Chit! callad.

BEAT.

BALL.

BEAT.

Por qué?

Oigo pasos. . . .

(Mirando á la izquierda.)

¡Lo cho. . . hácia aquí se acerca.

BALL. Quién?

BEAT.

BALL.

Doña Blanca.

Entonces

vamos de aquí, no nos vea. . . .

BEAT. Es imposible, ya sale.

(Por la puerta de izquierda sale Doña Blanca,  
con hábito de la soledad y toca negra: completa  
palidez en el semblante, y abismada en profun-  
das meditaciones. Sin reparar en los que están  
en la escena, se dirige con lentos pasos al ora-  
torio, y entra en él.)

Abismada la condesa  
va en honda meditacion. . . .

BALL. Vuelta á orar. . . pues ya es tarea! . . .

Si para hablar no tuviéramos,  
Doña Beatriz, mas que á ella,  
á fé que nos era inútil  
completamente la lengua.

BEAT. Es verdad; cómo ha de ser!

BALL. Mas por fortuna nos quedan  
su hermana Doña Leonor  
y Don Juan de la Hortiguera  
su primo, que aunque uno y otro  
de graves pecan, no pecan  
de mudos. . . .

BEAT. Cierto; y sabéis  
que tengo acá mis sospechas  
de que á Leonor el Don Juan  
enamora?

BALL. Buena es esa!

holgárame, vive Dios,  
de que ante el ara se unieran,  
á ver si con nuevas bodas  
lográbamos vida nueva.

BEAT. No lo espero: es el Don Juan  
de la casa solariega  
de Sarmiento, allá en Galicia;  
pero aunque corre en sus venas  
sangre de la mas ilustre  
é inmaculada ascendencia,  
su nobleza y su caudal  
hacen muy malas parejas.  
Ella es pupila del rey,  
tiene ademas mucha hacienda. . . .  
conque así. . . .



BALL. Dejadlo andar,  
que como se amen de veras,  
la hacienda no será obstáculo  
para lograr lo que quieran.  
BEAT. Andallo (*Aparece Don Juan en la galería.*)  
BALL. Pero aquí viene  
Don Juan.  
BEAT. En buen hora venga.

ESCENA II.

DON JUAN—DOÑA BEATRIZ—BALLESTA.

JUAN. Guárdeos el cielo.  
BEAT. Y á vos  
su bendicion os conceda.  
JUAN. Rezábais?  
BALL. Lo que es ahora,  
aunque osadía os parezca. . . .  
murmurábamos.  
BEAT. Qué dice!  
BALL. La verdad.  
BEAT. Señor, no crea. . . .  
BALL. Tambien vos, á qué negarlo?  
JUAN. Que me place tu franqueza.  
BALL. He reñido tres batallas  
navales y seis en tierra.  
JUAN. Entónces mal te avendrás  
á esta quietud. . . .  
BALL. A la fuerza;  
un antiguo refran dice,  
señor, que no hay resistencia.  
JUAN. Te comprendo; puede ser  
que en breve desaparezca

esta severa quietud. . . .  
(Pero aquí mi Leonor llega. . . .)  
Retiraos.  
BALL. Plegue al cielo  
que hayais sido buen profeta.  
BEAT. (*Dirigiéndose al fondo con Ballesta.*)  
Conque le vais á decir. . . .  
BALL. Eh! qué importa? si él no reza.  
(*Sale Doña Leonor por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III.

DOÑA LEÓNOR—DON JUAN.

LEO. Bien venido el caballero.  
JUAN. Bien haya mi dulce amor. . . .  
LEO. Venis á ver á Leonor?  
Así, puntual os quiero.  
JUAN. Te agrada?  
LEO. Pues no?  
JUAN. Qué escucho? . . .  
Siéntate.  
LEO. Primo, si haré.  
JUAN. Y yo?  
LEO. A mi lado y de pié.  
JUAN. He de apoyarme?  
LEO. No mucho.  
(*Don Juan se apoya en el respaldo del sillón.*)  
JUAN. ¡Qué magia hay, Leonor, en tí  
que nutre y dobla mi encanto!  
LEO. Lo ignoro; pero otro tanto,  
Don Juan, me sucede á mí.  
JUAN. Bendito sea el iman  
de esa tu mirada ardiente,



de cuya luz ya pendiente  
el alma de tu Don Juan!  
Oh! . . . mi Leonor! yo bien sé,  
yo por mi dicha no ignoro,  
el por qué tanto te adoro  
con tan noble y pura fe.  
No es tu belleza cumplida:  
no es la lumbre de tus ojos,  
ni son esos labios rojos,  
de perlas fuente escondida. . . .  
los que esta amante inquietud  
dentro de mí produjeron;  
es que en tu seno imprimieron  
los ángeles su virtud.  
Te adoro, porque fulgura  
un cielo sobre tu frente;  
porque eres tierna, inocente,  
y mas que hermosa eres pura.

LEO. Deten el vuelo fugaz  
de tus vehementes amores. . . .  
y ve los rojos colores  
que van saliendo á mi faz.

JUAN. Ay Don Juan! cuánta pasión!  
Con ella mi dicha labras.

LEO. El eco de tus palabras  
resuena en mi corazón.

*(Desde el fondo de la galería se ve venir lentamente al conde, cuyo aspecto sombrío revela un oculto sentimiento. Se acerca sin que lo noten hasta que el diálogo lo indique.)*



ESCENA IV.

DOÑA LEONOR—EL CONDE—DON JUAN.

JUAN. Es fuerza ya, Leonor mía,  
y á nuestra fe corresponde,  
que sepa mi tío el conde  
nuestra ciega idolatría.  
Por qué se le ha de ocultar?  
Tal vez nuestra union apruebe,  
y esto mas pronto nos lleve  
ante el ara del altar.  
¿Quién sabe si este deseo  
se cumplirá brevemente?  
quiero que brille en tu frente  
la corona de Himeneo.

LEO. Tú mi encanto doblarás  
y tambien nuestra alegría. . . .  
Pues qué! Don Juan, todavía  
podemos querernos mas?  
No vienes á oír mi acento?  
¿No son cuando me enamoras,  
breves instantes las horas?  
No es mio tu pensamiento?  
Nuestros votos dónde van?  
Y cuando nos separamos,  
¿nuestra imágen no encontramos  
en todas partes, Don Juan?

JUAN. Bien tanta gloria diviso;  
mas puede este afán crecer. . . .  
se puede llegar á hacer  
de la tierra un paraíso.  
Oh! . . . jamas en nuestra union



- COND. habrá un dolor ni una queja. . . .  
 (Se aman. . . . que Dios proteja tan pura y tierna pasión!)
- LEO. Y crees tú que aprobará. . . .
- JUAN. Verémos lo que responde cuando este amor sepa el conde.
- COND. El conde lo sabe ya.
- LEO. Ah! (*Incorporándose.*)
- JUAN. Señor. . . .
- COND. Enamorados ardientemente os hallais. . . .  
 ¿por qué la frente inclináis confusos y sonrojados?  
 ¿No es pura vuestra pasión, y no es vuestro amor profundo! . . .  
 por qué lo ocultais del mundo?
- LEO. Y es verdad. . . . teneis razón. En buen hora el cielo os trajo á conocer nuestro afán. . . . así librais á Don Juan de un importuno trabajo.
- COND. Que ya tomarse debió.
- JUAN. Mucho, señor, hoy me pesa; mas para tan grande empresa. . . .
- LEO. Yo tengo la culpa, yo. El ya os quiso revelar el amor que nos afana; mas yo tuve por temprana la acción, y mandé callar. Aquí está todo el enredo.
- JUAN. Ya que todo lo sabeis, señor, qué nos respondeis?
- COND. Nada contestaros puedo. No es hija mía Leonor,

- JUAN. ni dispongo de su mano. Mas podeis del soberano alcanzarme tal favor.
- COND. De él pupila, corresponde al rey su unión aprobar: para su gracia lograr, hará cuanto pueda el conde.
- JUAN. Oh! . . . cuán dichoso me haceis!
- COND. Mucho me holgara en verdad daros la felicidad. . . . porque ámbos la mereceis. Vamos á palacio?
- JUAN. Al punto!
- COND. Qué dice la ilustre dama?
- LEO. Que bien; y que eso se llama el llanto sobre el difunto.
- COND. Conserven tu buen humor los cielos libre de penas, y corran siempre serenas las horas para tu amor. Os uniréis pronto, sí:— del rey la gracia es segura. . . .— mas. . . . Dios os dé mas ventura que le plugo darme á mí!
- JUAN. Quién sabe, noble señor, lo que el porvenir prepara? demos al tiempo la cara sin que la anuble el dolor. Acaso mejores dias pronto alumbren este espacio. . . .
- COND. Vamos, Don Juan, á palacio, y dejaos de profecías.





ESCENA V.

DOÑA LEONOR.

Pobre conde! sus enojos  
 ha tiempo que comprendí. . . .  
 cuando le oigo hablar así,  
 lágrimas brotan mis ojos.  
 Ya va cubriendo su frente  
 la nieve que al fuego abate,  
 y aun en su pecho late  
 un corazón noble, ardiente.  
 Era mi hermana su amor;  
 espejo en que se miraba,  
 y tanto la idolatraba  
 como Don Juan á Leonor.  
 Mas ella á su voto fiel,  
 en hondas meditaciones  
 atenta á sus devociones,  
 apenas repara en él!  
 Con qué placer le daría  
 la ventura que no tiene. . . .  
 he de probar. . . .

(Viendo salir á la condesa del oratorio.)

Allí viene. . . .

oh! . . . cada vez mas sombría. . . .

*(Baja lentamente Doña Blanca hácia el proscenio  
 sin reparar en Leonor: en la vaguedad de su vis-  
 ta deberá notarse la agitacion de su espíritu: se  
 detiene un instante junto al sillón, y se sienta en  
 él maquinalmente.)*



ESCENA VI.

DOÑA BLANCA—DOÑA LEONOR.

LEO. (Ni aun me ha visto.)  
 BLAN. Las bóvedas del templo. . . .  
 sí. . . contienen un aura bienhechora,  
 que dulcemente alivia los dolores  
 del corazón que llora.  
 Hoy siento el mio. . . por la vez primera,  
 latir ménos violento. . . .  
 Oh! . . . puede ser que mi oracion postrera  
 haya subido hasta el eterno asiento,  
 y el sumo Dios de mi pesar dolido  
 me conceda la calma  
 que con tanto fervor. . . ay! . . le he pedido.  
 LEO. (Qué murmura? . . me acerco. . .) Blanca mía! . .  
 BLAN. Quien es? . . eres tú, hermana? . . me has oído?  
 LEO. No, Blanca; pero al ver descolorida  
 como nunca hoy tu faz; que por mi lado,  
 sin reparar en tu Leonor querida,  
 tristemente pasabas, he llegado  
 para saber si tu salud preciosa  
 algun nuevo dolor ha quebrantado.  
 BLAN. Algun nuevo dolor? no, por mi vida.  
 LEO. Me engañas? . . .  
 BLAN. Yo! . . . Tu cariñoso celo  
 de mis palabras á dudar te obliga, . . .  
 me encuentro bien, Leonor, gracias al cielo.  
 LEO. Es que quisiera, hermana, al anunciarte  
 una nueva feliz, y que no esperas,  
 que con faz ménos triste la escucharas.  
 BLAN. Una nueva feliz. . . estás segura



- que será tan feliz como declaras!
- LEO. Se trata de mi bien, de mi ventura. . . .
- BLAN. Ah! . . . de tu bien. . . sí, ciertamente, mucho me interesa, porque él es el bien mio. . . . lo ves? . . . ya estoy alegre. . . ya te escucho.
- LEO. Me desposan.
- BLAN. Con quién?
- LEO. Con nuestro primo.
- BLAN. Os amais?
- LEO. Oh! . . . con ciega idolatría.
- BLAN. Que Dios acoja los amantes votos de vuestro puro corazón: que nunca en él se trabe la borrasca fiera que el bien ahuyenta y la esperanza trunca, y unidos siempre por la fe del alma en las horas que mudas os esperan, todo sea, Leonor, ventura y calma!
- LEO. Sí lo será; que en la bondad confío de ese Dios que comprende la pureza del amor de Don Juan y el amor mio. Verás cómo se aleja la tristeza de esta mansion ha tiempo tan sombría: á abrirse volverán nuestros salones, y en ellos renaciendo la alegría, sonarán otra vez dulces canciones, y alegre danzará en nuestros festines la multitud galana de nobles y esforzados paladines.
- BLAN. Calla, por Dios!
- LEO. Y tú tambien, hermana: tú tambien de los tuyos embeleso, trocando en galas el severo luto, á la fiesta vendrás, y allí conmigo al lícito placer darás tributo.

- BLAN. Imposible!
- LEO. Por qué?
- BLAN. Deja te ruego el importuno preguntar. . . . Placeres! no los hay para mí!
- LEO. Blanca, qué dices?
- BLAN. Ay! . . . te suplico que mi paz no alteres.
- LEO. Eso ya es por demas! . . . yo he respetado la religiosa fe que te alimenta: yo en silencio las horas he contado que orando pasas en la noche y día, y Dios no exige del humano celo tan dura abnegacion. Qué te sucede? . . . quiero rasgar el misterioso velo que envuelve tu existencia. . . .
- BLAN. (*Se incorpora.*) Leonor mia! . . . no quieras penetrar nunca hasta el fondo de un corazón que á Dios se ha consagrado! . . . deja que guarde lo que en él esconde. No te cuides de mí, pasa adelante: oye mis votos sin temor ni susto; para ensalzar á Dios nada es bastante: yo nada hago de mas, hago lo justo.
- LEO. ¿Y es justo, es justo que á tu buena hermana, al noble conde y los que en tí sus ojos fijaron con amor, llenes de pena pagando su cariño con enojos?
- BLAN. Dios mio! . . . déjame! . . .
- LEO. No! no te dejes! quiero que brille en tu razon sombría la luz de la verdad, limpia y serena. Tú, pobre Blanca mia! tú la mas pura de las ricas hembras, que en la senda del bien siempre has vivido,



feliz dando consuelos, y ahuyentando las penas del espíritu afligido. . . . Por qué esa austeridad? ¿por qué en malhora perdiste aquella plácida alegría que en todo lo que entónces te cercaba con mágia sin igual resplandecía?

BLAN. Ah! . . . no te duces de tu pobre hermana!

LEO. Su amor me impele á hablar de esta manera: no quiero, no, que en reclusion temprana marchite su envidiable primavera.

BLAN. Al fin has levantado en mi memoria recuerdos que dormían. . . . tengo miedo! . . . Oye, pues quieres conocer mi historia, cuánto sufro callando. . . . y ve si puedo calmar de mi honda herida los agudos dolores, cambiando el rumbo de mi triste vida.

LEO. Sí, Blanca, estamos solas. . . . y en mi seno, que es el tuyo también, derramar puedes de esa herida fatal todo el veneno.

BLAN. Yo sola este dolor sufrir quería. . . . bien lo sabes, Leonor, he resistido cuanto dable me fué. . . . mas llegó el día de hablar. . . . y á hacerlo voy: Dios lo ha querido! ¿Te acuerdas. . . . ha tres años, cuán dichosa del Tambre en la ribera, nuestra vida entre flores pasaba silenciosa? Qué distinto de ahora! . . . edad querida! cómo envidio la paz de los pensiles donde en tranquila soledad corrieron de Leonor y de Blanca los abriles! El rey me desposó. . . . cambié de estado sin notar que el marido que me daban me doblaba la edad. . . . yo, como á un padre

cariñosa le amé, porque creía que este amor tan profundo era en la tierra el amor mas vehemente que existía. Y cuánto me engañé! . . . Vine á la corte. . . . y tú también, Leonor. . . . nunca mi lado desamparaste, hermana, y si algún día te alejaras de mí. . . . dime, no es cierto que no te alejarás? . . .

LEO. (*Abrazándola.*) No, Blanca mia! Siempre juntas. . . .

BLAN. Pues bien, juntas venimos: aquella vida de inocencia pura olvidamos aquí. . . . juntas corrimos llevadas del torrente cortesano en pos del brillo, el fausto, la locura. . . . Era ese mundo á mis cerrados ojos un mundo de placer desconocido: apenas entré en él, gratas sonaron lisongeras palabras en mi oído. Do quiera celebraban mi hermosura, mi talento y donaire. . . . yo lo oía, y satisfecho el femenil orgullo al son de las lisonjas me dormía. Pero una noche. . . . un hombre. . . . bien me acuerd gallardo, de linaje esclarecido, (do! . . . á mi lado pasó. . . . Ligeramente sus labios murmuraron un cumplido, y siguió su camino indiferente. No sé que fué de mí! sobre su huella mi vista se clavó. . . . le fué siguiendo hasta fuera el salon. . . . y ya no estaba. . . . y aun mi corazón le estaba viendo! Aquella noche el sueño. . . . de mis ojos con desden se apartó: dentro del alma



sentí de una inquietud desconocida  
el continuo anhelar. . . . perdí la calma!  
Pensé encontrar alivio al nuevo día,  
pero otra vez le ví. . . . y otras mil veces. . .  
y entre tanto en silencio yo apuraba  
la copa del dolor hasta las heces.  
Cuando alguno su nombre pronunciaba;  
cuando sus hechos relatar oia,  
y ensalzar su grandeza y su hidalguía,  
mi estremecido corazón lloraba;  
y cuando ante mis ojos parecia,  
mi espíritu hacía él libre volaba.  
Esto fué por demás: en mi arrebato  
no dí lugar á la razon, y pude  
haberme despeñado hasta el abismo  
del eterno baldon. . . . mas por fortuna  
mis ojos á la luz del bien se abrieron. . . .  
comprendí que mi fuerza era ninguna  
á salvarme del hombre que adoraba,  
si en malhora notaba el sentimiento  
que sin él conocerlo me inspiraba.  
Comprendí que el deber es lo primero;  
que estaba unida con estrechos lazos  
á un anciano, es verdad, mas caballero. . . .  
un anciano leal, que me fiaba  
la honra de sus ínclitos mayores,  
y ahogar dispuse en mi irritado seno  
hasta el recuerdo ¡ay Dios! de mis amores.  
Leonor. . . . para las almas doloridas  
y que penan de amor como yo peno. . . .  
no hay bálsamo que cure sus heridas.  
No hay mas, no hay mas que Dios. . . . todos los  
del espíritu emanan de su trono. . . . (bien  
Dios es mi salvacion, . . . y aquí me tienes

retirada del mundo y cuanto adoro,  
pidiendo al cielo que me vuelva un día  
la paz del alma que perdida lloro.  
Y sin embargo, . . . lo creerás? ha un año  
que no le veo. . . . ni escuché su nombre;  
que apenas se levanta en mi conciencia  
la acusacion mas leve. . . . al punto acudo  
á imponerme severa penitencia:  
mis ojos cierro, tapo mis oídos. . . .  
hermana, huyo de todos. . . . y no obstante  
ese demonio tentador me sigue:  
por do quiera que voy. . . . él va delante!  
Qué mas, qué mas á mis deberes toca?  
puedo hacer en su honor mas sacrificios? . . .  
No lo sé, no lo sé. . . . me vuelvo loca!! (*Vuel-*

LEO. Ah! . . . Cálmate por Dios! (*ve al sillón.*)

BLAN. (*Despues de un instante de pausa.*)

Ya que la herida  
profunda que hay aquí tocó tu mano. . . .  
¿será prudente. . . . di, cambiar de vida?  
(*Leonor lleva á los ojos el pañuelo.*)  
Tus lágrimas, Leonor, son elocuentes,  
no hay remedio. . . . lo ves? . . . pero no llores;  
ya poco sufriré . . . tal vez muy pronto  
irás mi tumba á coronar de flores.

LEO. Ay, Blanca sin ventura! Quién podia  
imaginar que tu piadoso pecho  
esa pasión frenética escondia!

BLAN. Oh! muy cruel. . . . pero silencio! . . . alguno  
se acerca. . . .

LEO. Es mi Don Juan. . . .

BLAN. Dichoso amante!

LEO. Ya vuelve de palacio. . . . mas, qué miro!  
por qué esa palidez de su semblante? . . .



ESCENA VII.

DOÑA BLANCA—DOÑA LEONOR—D. JUAN.

LEO. Qué tienes, Don Juan?  
qué es lo que ha pasado?  
¿por qué de disgusto  
indicios tan claros  
me da tu semblante?  
Vienes de palacio?  
qué es ello? . . .

JUAN. Que somos  
hoy muy desgraciados.

BLAN. Vosotros también!

LEO. Estaré soñando. . .  
Has visto al monarca?  
te niega mi mano?

JUAN. El monarca ignora  
que yo la demando.

LEO. Entonces, ¿qué puede  
apenarte tanto?  
hay algo en la tierra  
para tí mas alto? . . .

JUAN. Hay, Leonor querida,  
para nuestro daño,  
la estrella funesta  
que alumbra mis pasos.

LEO. ¿Qué tienen que ver  
con mi amor los astros?  
Acaba, Don Juan,  
que me estás llenando  
de inquietud el alma. . .

JUAN. Al rey encontramos,  
y apenas vió al conde,  
le tendió los brazos:  
recibióme afable,  
y ántes que á los labios  
del conde saliera  
el ruego anhelado. . . .  
con estas razones  
le habló el soberano:  
“Don Pedro: pretendo  
en breve aliviarnos  
de cierto depósito  
que os he confiado.  
Sabed que á Leonor,  
mi pupila, enlace  
con un caballero  
digno de su mano,  
honor de mis reinos,  
sosten del Estado. . . .”

LEO. Así habló el monarca?  
oh! yo lo rechazo. . . .  
¿Y el conde, qué dijo? . . .

JUAN. Ay! . . . los dos callamos!  
Al oír el nombre  
del afortunado. . . .  
los dos comprendimos  
que era temerario  
luchar frente á frente  
con varón tan claro,  
y á mas. . . que ganabas,  
Lonor, en el cambio.

LEO. Eso dices. . .

JUAN. Juzga  
si habré exagerado



la prez y valia  
de mi buen contrario,  
cuando idolatrándote  
cual yo te idolatro,  
hablar mal no puedo;  
y á fuer de hombre honrado  
delante de tí. . . .

LEO. tengo que alabarlo.  
¿Quién es ese hombre  
que merece tanto? . . .

BLAN. Uno hay en España. . . .  
pero ese. . . .

JUAN. Le aguardo  
aquí muy en breve:  
salió acompañando  
de palacio al conde. . . .  
y allí está. . . . miradlo!

*(Aparecen en la galería el conde y Don Luis.)*

LEO. El marques de Velez!

BLAN. *(Con voz ahogada.)*  
*(Hum! . . . cielos. . . . Fajardo!!)*

*(Queda inmóvil en el sillón, y en actitud que no revele su desmayo hasta el tiempo oportuno.)*

ESCENA VIII.

J  
ÑA BLANCA—DOÑA LEONOR—D. LUIS—D. JUAN  
—EL CONDE.

LOND. Habla, Don Luis, con Leonor,  
y de ella podreis saber  
si está pronta á obedecer  
á su monarca y señor.

LUIS. Mucha mi desgracia fuera,

tocando ya la ventura,  
que tan cumplida hermosura  
pensara de otra manera.

LEO. Señor marques. . . . *(Ay de mí!)*

COND. Su timidez no os espante;  
puede que mas adelante. . . .

*(Reparando en la condesa.)*

pero. . . . la condesa aquí?

*(Dirigiéndose á ella.)*

Doña Blanca. . . . reparad  
que está Don Luis. . . . *(Pausa.)* No respon-

LEO. *(Corriendo hácia ella.)* (de! . . .)

Ah! . . . está desmayada, conde!

COND. Desmayada!

Y es verdad!

*(Llamando.)*

Diana! Camila! Inés! . . .

*(Salen varias criadas.)*

A la señora, al momento  
conducir á su aposento. . . .

Perdonad, señor marques.

*(Se retiran por la izquierda, llevándose á Doña Blanca, Leonor, el conde, las criadas.)*

ESCENA IX.

DON LUIS—DON JUAN.

LUIS. Qué es esto, Don Juan?

JUAN. Lo ignoro.

LUIS. Suceso mas impensado! . . .  
á la verdad que no he entrado  
en la casa con buen pié.



JUAN. No os estrañe, porque á todos lo mismo que á vos nos pasa: hay misterio en esta casa. . . .

LUIS. Misterio, Don Juan?

JUAN. Sí á fe.

Cuál pueda ser, no comprendo, ni de hallarlo encontré modo; pero es lo cierto que todo aquí nublándose va.

Algún mal genio sin duda en estas lóbregas salas, batiendo sus negras alas ha tiempo, Don Luis, que está.

LUIS. Pues si yo con él me encuentro, tan cierto como os lo digo, á cortárselas me obligo, aunque le ampare Luzbel. En hallarle si está dentro ya vereis cuán poco tardo, que adonde va Luis Fajardo, la fortuna va con él.

JUAN. Es cierto que os acompaña; mas no es el triunfo seguro.

LUIS. Pues que lo ha de ser os juro.

JUAN. Yo os digo, Don Luis, que no. Y perdonadme. . . . que ahora, señor marques, me interesa ir á ver si la condesa del parasismo volvió.



ESCENA X.

D. LUIS.

Ha un año de estos lugares me alejé. . . . porque veía que rodaba el alma mía á un abismo. . . . y en verdad que á pesar de cuanto ahora mi fe y voluntad resuelven. . . . al propio lugar me vuelven el rey, la fatalidad. ¡Misterios donde moraba ha un año tanta franqueza. . . ! ¡Dolor, angustia y tristeza en la mansion del placer. . . Y qué, á vencerlos no bastan? mi fortuna y mi denuedo? . . . Don Juan, si puedo ó no puedo. . . . por Dios que lo hemos de ver.

FIN DEL ACTO PRIMERO.